

TEXTO

	EL HONOR DE LOS RIVERA	
5	Un amotinado contra su tiempo, Ignatius J. Reilly, decía que él sólo se relacionaba con sus iguales: «Y como no tengo iguales, no me relaciono con nadie». Acaso provenga de una convicción semejante la hosquedad de José Tomás, que no quiere inferiores gravitando sobre su obra, su posteridad y su siglo como avispa	5
10	alrededor de un tajo de sandía. De usual tan lejano que antes atenderá a una plegaria que a una llamada telefónica, Tomás ha irrumpido en lo terrenal para patrullar el canon del prestigio, del que ha excluido a Fran Rivera, como si la medalla de Bellas Artes mal concedida fuera para el nombre del galán lo que unas alzas para el tacón, y no hubiera que consentirle que se haga pasar por alto. Tomás devolvió su medalla,	10
15	como si, menos humilde y socarrón que Groucho, el club al que se negara a pertenecer fuera el que admitiera a otro como socio. Este diletante taurino ignora de qué anda más corto Rivera para entrar en el canon tomasista, si de puertas grandes o de revolcones. O si se divierte demasiado y con demasiada chismografía, en vez de llevar una chistera y un diagnóstico como los	15
20	que usa Morante para avalar su desgarro y el desmayo poético. Si toda la polémica se resume en que Fran Rivera es una castaña de torero que no abre puertas ni en el hotel, y lo que se ha premiado es una fama sembrada en la periferia del ruedo, entonces cabe preguntar a José Tomás por qué necesita quitarle lo que le dio un ministerio después de que se lo negaran la plaza y el público, guiris y mozas aparte. Sobre todo	20
25	cuando jamás otorgaron los ministerios la única forma de prestigio que en verdad ha de importar a un torero. En <i>Muerte en la tarde</i>, Hemingway explicaba a un lector extranjero que, para iniciarse en los toros, había que empezar comprendiendo la importancia del honor: «Toda la belleza del espectáculo depende del honor, que en España es una característica de la raza». Si de eso se trata, del honor y sus merecedores, y encima en	25
30	la trifulca tenemos mezclados a aristócratas, toreros y hermanos como los de Borges que riñen juntos por honra, entonces acierta Ruiz Quintano al insinuar que están tardando en desafiarse a un duelo en vez de tanto putearse por el patio interior. No ha de ser a pistola y después de caminar los diez pasos. Ha de ser en la plaza. Que Cayetano retire el veto, nada honroso, con el que ha condenado a los detractores de su hermano y vaya decidiendo cuándo y dónde él y Fran se encierran por turno con Morante y Tomás. Honor arbitrado por toros. No me negarán la españolidad, ni que sería un aliciente con el que aderezar una parte de la temporada.	30
	DAVID GISTAU, <i>El Mundo</i> , domingo, 08-03-09	